

LOS DOMINIOS DE LA MORFOLOGIA Y DE LA SINTAXIS

ASPECTO PRELIMINAR

El lugar preeminente ocupado hasta ahora por la Morfología en el cuadro de las enseñanzas gramaticales amenaza ser invadido por otras partes de la misma disciplina. Aquella «tiranía de las formas», a que alude Boer, (1) va siendo suplantada poco a poco en la consideración de los lingüistas por otros aspectos: el fonético, el sintáctico, el semántico... Recordemos que hasta época reciente el primer capítulo de toda Gramática era un tratado de Morfología; ahora, el primer capítulo suele ser un estudio más o menos amplio de Fonética.

Hasta tal punto se tenía de la Morfología—en su doble aspecto de repertorio de vocablos (Lexicología) y repertorio de formas (Morfología propiamente dicha)—un concepto de eje o parte central del discurso, que siempre se había considerado como más rica aquella lengua que contaba en su vocabulario con mayor número de palabras o con más variedad de formas. Todos estamos cansados de oír que el castellano, por ejemplo, es más rico que deter-

(1) C. de Boer, *Morphologie et Syntaxe*, en «Cahiers Ferdinand de Saussure», 1946-47, pags. 5-25.

minado idioma germánico o románico porque nuestro diccionario abunda más en términos que tales idiomas. Y hasta ahora, al ponderar la riqueza del habla de Cervantes o de otro escritor del gran Siglo, siempre se ha acudido al repertorio de sus voces, con preferencia a toda otra consideración.

Se sabe que una lengua es tanto más rica y perfecta cuanto dispone de mayor variedad de medios expresivos; pero ¿es seguro que los medios expresivos residen únicamente o, mejor aún, principalmente en los elementos morfológicos? Boer, en un reciente estudio publicado en *Cahiers de Ferdinand Saussure* (2) ha reaccionado contra el error de considerar como idénticas las dos riquezas, la de los factores morfológicos y la de los medios expresivos. Y demuestra, o intenta demostrar, con multitud de ejemplos, sobre todo del francés, la depauperación paulatina de elementos morfológicos, sin que por ello la lengua se haya empobrecido.

¿Qué se deduce de esto? En primer lugar, que una lengua culta no necesita tanto de signos puramente morfológicos para la expresión de los matices o «nuances» del pensamiento como de otros medios expresivos, por ejemplo, de los sintagmáticos, fonéticos, acentuales. En segundo lugar, que nuestras lenguas no han vacilado en cambiar y simplificar sus morfemas allí donde no eran éstos necesarios para matizar un aspecto cualquiera de la expresión. Y, finalmente, que es lo que interesa ahora destacar; hay que otorgar un puesto menos predominante, que el otorgado hasta aquí a la

(2) «Es interesante comprobar—escribe—que a medida que la civilización progresa y que, en consecuencia, las lenguas modernas evolucionan hasta convertirse en instrumentos que permiten así al escritor como al pensador expresar de la manera más perfecta los más delicados sentimientos, las más profundas ideas y los razonamientos más complicados, todo esto no ha aumentado en lo más mínimo la riqueza morfológica de tales lenguas. Por el contrario, nadie puede negar que hoy existen menos elementos morfológicos especiales en nuestras lenguas que los había en el pasado para expresar toda clase de vivencias y, con todo, esas vivencias alcanzan una expresión más exacta, a pesar de que sentimientos, afectos e ideas son en la actualidad más refinados y complejos que nunca lo fueron»; *obra cit.*

Morfología, no situándola encima ni debajo de las otras partes de la Gramática, sino en el lugar exacto que le corresponda.

Este puesto había sido hasta época reciente de privilegio. Durante siglos y siglos los estudios gramaticales venían casi calcados en las *Institutiones grammaticae* de Prisciano y en el *Ars grammatica* de Donato. Pero estos tratados, divididos en los cuatro clásicos epígrafes de *Orthografía*, *Etymologia* (o Morfología), *Dyasintastica* (Sintaxis) y *Prosodia*, en realidad sólo comprendían un verdadero capítulo, La Morfología, con tres breves apéndices complementarios sobre las otras materias: *constructio*, *pronuntiatio* y *accentus*. En las mismas *Institutiones* de Prisciano el estudio de las partes de la oración absorbe 14 libros de los 18 de que consta la obra; y el gramático Pompeyo expone sin rebozo su opinión de que el verdadero objeto de la Gramática son «las partes» del discurso.

Tal disposición fundamentalmente morfológica no cambió ni aún con el advenimiento de la lingüística moderna. Los comparatistas, por ejemplo Bopp, atendieron primordialmente a la similitud de las formas. Era muy difícil, en efecto, penetrar desde el primer momento en el complejo de la frase para establecer comparaciones y se detuvieron en lo más externo. Kretschmer lo ha dicho muy bien: «De toda la gramática, la sintaxis es sin duda la parte que menos progresos ha realizado hasta ahora. Durante mucho tiempo ha sido un territorio descuidado por la lingüística, pues el método comparativo no se prometía en él una presa tan rica como en la exploración fonética, en la morfología o en la etimología. En estas otras zonas de la lingüística los problemas y los resultados se amontonaban de tal modo que el investigador no hallaba tiempo y ocio para el estudio de la sintaxis» (3).

A desbancar a la Morfología de su privilegiado sitio, situando a la Sintaxis en su mismo plano, han contribuído recientemente

(3) P. Kretschmer, *Introducción a la lingüística griega y latina*, trad. de S. Fernández Ramírez y M. Fernández Galiano; Inst. Antonio de Nebrija, del C. S. I. C. 1948; p. 115.

varios factores: primero, los progresos de la Semántica, que, ayudada de la geografía lingüística, ha venido a reemplazar el método *diacrónico*, que aislaba con exceso las palabras—aquél «morceler les langues et les examiner pièce à pièce», (4) de que habló Bally—, por el *sincrónico*, que las sorprende en su propia vida, dentro de la «cadena hablada». Luego, la escuela psicológica, con la mirada invertida hacia los fenómenos de la conciencia, que tienen su expresión en la frase mejor que en la palabra aislada. Recuérdese que toda la *Völkerpsychologie* de Wundt gira alrededor de la oración y casi todos los trabajos de la escuela francesa y ginebrina de ella parten o hacia ella se orientan. Resultando de este modo que aquel primer capítulo de la Gramática, a que se acaba de aludir, que fué durante tantos siglos un capítulo de Morfología y que en el último tercio del XIX y primeras décadas del actual se había convertido en un capítulo de Fonética, pasa a ser ahora un capítulo de Sintaxis. Y todavía existe una orientación más moderna, la de Spitzer y Vossler, que quisiera convertirlo en un primer capítulo de Estilística. (5)

«Consideremos—ha escrito Vossler— la evolución de la lengua desde el punto de vista del principio idealista de causalidad, como evolución del espíritu, y entonces tendremos que ordenar las ramas científicas principales en una serie invertida. En vez de ascender de las pequeñas a las más grandes unidades parciales, avanzaremos inversamente, partiendo de la Estilística y pasando a la Sintaxis, y de aquí a la Morfología y a la Fonética. Tengo la certidumbre de que también este sistema de la Gramática está muy lejos de ser rigurosamente científico. Por el hecho de invertir la Gramática—concluye el autor de la *Filosofía del Lenguaje*—una disposición positivista no se transforma en idealista». Cierto; pero el simple hecho de mirar las cosas desde arriba, en vez de mirarlas desde

(4) Ch. Bally, *La langage et la Vie*, Zurich, 1935, p. 35.

(5) K. Vossler, *Filosofía del lenguaje*, trad. de Amado Alonso y Raimundo Lida, Madrid, 1940.

abajo, ya nos da una visión completamente distinta del conjunto.

El gran ataque, sin embargo, le vino a la Morfología por otro lado. Hace medio siglo J. Ries publicaba en Marburgo (1894) su monografía *Was ist Syntax?* (6), en la que se hace una crítica incisiva de las partes de la gramática, especialmente de la Morfología y de la Sintaxis, y se aborda de frente el problema de si han de seguir confundidos sus dominios, mejor aún, si la Sintaxis ha de continuar supeditada a la Morfología, o si, por el contrario, pueden delimitarse sus fronteras. La respuesta es afirmativa, no solo en Ries sino, en general, dentro de la ciencia lingüística germana; y la nueva ordenación introducida por Brugmann en su *Grundriss* (7) no ha sido lo que menos ha contribuido a imponer este punto de vista. Ya veremos luego qué es lo que Ries asigna a la Morfología y qué parcela del campo gramatical deja para la Sintaxis. Por ahora vaya señalado el hecho de que el trabajo de Ries fué un toque de atención que hizo a los gramáticos mirar hacia otro lado. Y ya es significativo que aquí mismo en España, o en nuestra lengua, para ser más exactos, al tratar de Gramática, se empieza a mirar del lado de la Sintaxis. Fué el primero Lenz con la *La oración y sus partes* y luego, entre otros, Gili Gaya con su hasta ahora insustituible *Sintaxis* y Amado Alonso y Henríquez Ureña en el pequeño pero nutrido *Curso de Gramática castellana*.

EL PROBLEMA DE LOS LIMITES

El planteamiento del problema aparece así más simplificado. Se pregunta en primer lugar si existen unos límites definidos entre la Morfología y la Sintaxis; y se quiere luego saber cuáles son esos límites.

Durante muchos siglos tal delimitación ha parecido clara: la

(6) J. Ries, *Was ist Syntax?*, Marburgo, 1894; 2.^a ed., Praga, 1927.

(7) K. Brugmann *Grundriss der Vergleichenden Grammatik der Indogermanischen Sprachen*, Strasburgo, 1913-1916, II.

Morfología estudiaría las palabras por separado; la Sintaxis se ocuparía de ellas en cuanto elementos integrantes de la oración. Sería aquella *δειξις* y aquel *λόγος*, respectivamente, de que nos venían hablando los gramáticos griegos desde Dionisio el Tracio y que pasó a los latinos con los términos de *dictio* y *propositio* seu *oratio*

Luego, con la gramática lógico-especulativa de Tomás de Erfurt, Martín de Dacia, Miguel de Marbais, Sigerio de Courtrai, José de Marvilla y tantos otros, (8) establecido el paralelismo casi perfecto entre *conceptus sive idea* y *terminus*, *iudicium* y *propositio*, los límites de Morfología y Sintaxis quedaban aún más precisados, siempre, como se ha dicho, a expensas de esta última. La Morfología trataría de los términos tomados aisladamente; la Sintaxis, en cuanto elementos de un complejo proposicional; en aquella se estudiarían los términos en su naturaleza y accidentes; en ésta, atendiendo a sus relaciones mutuas y a las modalidades que de tales relaciones pudieran derivarse.

Así, sin sobresaltos de ninguna clase se venía desarrollando el estudio de las dos partes. Establecido un tajo vertical entre ambas, al llegar a ese tajo terminaba el estudio de la una y empezaba el de la otra. Era un procedimiento comodísimo y hay que confesar que ganaba en claridad lo que pudiera faltarle en precisión. Y no es la claridad la menor virtud que puede tener un tratado, sobre todo si es de Gramática. De esta manera lo concebía Nebrija y lo mismo han enfocado entre nosotros, y fuera también, la cuestión casi todos los tratadistas, con las recientes excepciones que acabamos de mencionar. Oigamos a nuestro primer gramático: «En el libro pasado diximos apartada mente de cada una delas diez partes de la oración; agora eneste libro cuarto diremos como estas diez partes se an de aiuntar i concertar entre sí, la cual consideración como diximos enel comienço de aquesta obra, los griegos lla-

(8) Cf. el trabajo de M. Grabmann, *El desarrollo histórico de la filosofía y lógica medievales del lenguaje* (en «Sapientia», Revista Tomista de Filosofía, núm. 7, primer trimestre del 1948. La Plata).

maron 'syntaxis', nos otros podemos dezir orden o aiuntamnieto de partes». (9) Y en sus *IL*, (fol. LVIII v.): «Quid est syntaxis? Scientia qua bona constructio a mala dignoscitur. Unde dicitur syntaxis? A 'syn' quod es *con* et 'tatto', a quo est *laxis*, quasi coordinatio». (10) No hace falta subrayar cómo este concepto nebricense, copiado casi a la letra del Prisciano, ha trascendido a todas nuestras gramáticas, incluida la de la Real Academia Española y cómo, repito, a falta de precisión, esplende con una claridad muy aconsejable en todo libro redactado con una finalidad didáctica.

Había, por tanto, una hipertrofia morfológica, analógica o como se le quiera llamar; y había una endemia sintáctica. Ahora con la reacción promovida por Ries y por Brugmann, y con la primordial atención que la mayor parte de las escuelas modernas conceden a la Sintaxis a expensas de la Morfología (11) nos exponemos a caer en el mismo defecto ya señalado, sólo que de signo contrario: a un predominio casi absoluto de la Morfología amenaza suceder un predominio, también absoluto, de la Sintaxis.

Por ello se impone, para dejar las cosas en su lugar, un deslinde previo de zonas, un reajuste a fondo de las partes de la Gramática, sobre todo de la Sintaxis, menospreciada hasta hace poco y ahora objeto de todas las predilecciones. Pero un reajuste no quiere decir una Sintaxis nueva, como un reajuste de la Psicología a tono con los últimos experimentos no suponía la condición previa de deshacerse de la Psicología tradicional, sino de encajarla en la problemática moderna. Respecto a la Sintaxis hay que ensancharla por arriba, hacia la Estilística, y por abajo, hacia la Morfología.

(9) A. de Nebrija, *Gramática castellana*, ed. crítica de Mons. Galindo y Ortiz Muñoz, C. S. I. C., 1946, t. I, págs. 87-88.

(10) Id. de id., *Introductiones Latinae*.

(11) Casi todos los trabajos de la escuela franc. con Meillet y Vendryes; de la ginebrina, con Saussure, Secheyay y Bally; de la alemana con Vossler, Lipps y Spitzer; de la escandinava, con Brøndal, Buixens y Hjelmslev; y aun los de ciertos autores con actitudes individuales, como Bergson, Guillaume, Brunot y Le Bidois van orientados en una dirección 'sintáctica'.

La importancia de este problema es notoria. Y aunque Hjelmslev afirma que en la práctica no conduce a nada (12), Brøndal estima que ninguno de los suscitados en torno a la sistemática gramatical entraña más importancia. «Parmi ces problèmes, aucun n'est plus délicat ni plus capital que le dernier, celui du rapport entre morphologie et syntaxe». «No es —agrega— una simple cuestión de terminología o de repartición más o menos cómoda de los capítulos de la gramática tradicional. El problema toca el fondo mismo de la doctrina y la solución propuesta exige no sólo algunos retoques ligeros en morfología, sino la elaboración de todo un sistema de definiciones más completas, y exentas de todo matiz morfológico, sobre los elementos posibles de la Sintaxis.... Se llegará de ese modo a un conocimiento más rico, más profundo de una lengua dada y aun de todo el lenguaje humano. Sobre todo, se logrará distinguir el sistema de las formas fijas o de los términos fijos, separándolos netamente del sistema de las formas variables con las épocas y naciones y los procesos de pensamiento que ponen en juego estos términos, es decir, las funciones proposicionales, la facultad misma de la frase, que permanecen siempre idénticas a sí mismas, universales y permanentes, porque van adheridas al también permanente y universal pensamiento humano». (13)

Sin embargo, todos los que han tratado este problema están

(12) «Etant donné—escribe en p. 93 de su *Gramática General*—que, en réalité, tout fait syntaxique est morphologique en ce sens qu'il concerne uniquement a forme grammatical, et étant donné également que tout fait morphologique peut être considéré comme syntaxique puisqu'il repose toujours sur une connexion entre les éléments grammaticaux en question, nous sommes persuadé que la division possible de la Grammaire en morphologie et syntaxe est dénouée de toute importance du point de vue pratique». «La grammaire est, en effet, une discipline une, la théorie de la forme tout court. Elle est entièrement different de la théorie des sons. C'est cette division seule qui importe, et nullement cette autre entre morphologie et syntaxe». Louis Hjelmslev, *Principes de Grammaire Générale*, 1928; págs. 93-94. En que coincide casi con Delacroix: «Il n'y a pas à faire différence entre la morphologie et la syntaxe»; *Le langage*, p. 201.

(13) V. Brøndal, *Essais de Linguistique générale*, pp. 8 y 32-33.

de acuerdo en que tal delimitación es muy difícil. Quizás Ries haya sido en esto el más optimista. Ya veremos luego la repartición que él hace. Devoto, en cambio, después de señalar las tres mayores dificultades que nos salen al paso, dificultades que atañen a las relaciones casuales, a las relaciones flexionales y a las sintagmáticas, concluye diciendo que morfología y sintaxis se mueven en dos planos diversos; «sus contactos—escribe textualmente—son múltiples; pero una división rígida no puede ser trazada, porque se trata de dos categorías no comparables».

No pretendemos aquí rebasar la meta que ellos no han podido tocar. Nos limitaremos a unas pocas ideas generales sobre el objeto propio de la morfología, sobre el propio de la sintaxis y sobre los contactos e interferencias que se echan de ver entre ambas.

De este modo, al definir cada una de esas partes, quedará ya por eso mismo casi confinada en sus límites. Porque ¿qué es definir una cosa sino señalarle unos límites, según su estricta significación etimológica, dentro de la escala de los seres, partiendo del género próximo y llegando a su última diferencia específica?

LA MORFOLOGIA Y SU OBJETO: PALABRA

Decir que la Morfología estudia las palabras por separado es decir muy poco, si antes no tenemos de esas mismas palabras un concepto claro y definido. Pero este concepto es de difícil adquisición. Lenz ha dicho: «Sólo hay seguridad en definir a la palabra como *una parte de la oración*». En lo demás, las definiciones varían hasta el infinito, y a veces envuelven conceptos contradictorios. La Real Academia Española, en su *Diccionario*, nos la define como «sonido o conjunto de sonidos articulados que expresan una idea»; y en la *Gramática*, como «sílabas o conjunto de sílabas, que tiene existencia independiente para expresar una idea». ¿Por qué existencia independiente? Muchas palabras, las llamadas *vacias*, las *sin-categoremáticas*, por sí solas no expresan nada, tienen que insetarse

bien en el contexto de la frase, bien en otra palabra o en un morfema para alcanzar una significación. Bello escribe: «Cada palabra es un signo que representa por sí solo una idea o pensamiento». La definición no puede ser más inexacta. Ni a cada palabra corresponde una idea, ni a cada idea corresponde siempre una palabra; con frecuencia se necesitan varias para expresar un solo concepto. Del mismo defecto adolece la definición de Sweet en su *New Grammar*: «Unidad mínima e independiente, con sentido» (an ultimate independant sense-unit).

Los reparos que se oponen a estas definiciones, basadas en la palabra escrita, saltan a la vista: *Digaselo* es una palabra; ¿por qué *Se lo diga* ha de ser tres? *Cantaremos* y *hemos de cantar*, que muchas veces encierran exactamente el mismo significado; ¿son una o son tres palabras? Si cada palabra expresa una idea, el verbo *irás* deberá analizarse como tres palabras, puesto que entraña tres ideas perfectamente diferenciadas: idea de *ir*, de segunda persona, *tú*, y de tiempo futuro. Por otra parte, *si de, a, con* y demás partículas relacionantes son palabras, porque expresan una idea de relación, las desinencias latinas que suplen esas mismas ideas ¿cómo han de ser consideradas? Sin embargo, *con el cónsul* lo analizamos como tres palabras y *consule* como una.

Más reparos: los pronombres ¿expresan conceptos o suplen conceptos? ¿qué concepto suple, por ejemplo, el término *algo*? Indudablemente puede suplir una serie innumerable de nombres de cosas. Pero del mismo modo que hay pronombres, existen—aunque las Gramáticas apenas lo señalan,—proadjetivos, proadverbios: *así, como, aquí*, etc.

¿Y las enfáticas? No comportan un concepto nuevo; se limitan a reforzar, a acentuar conceptos ya expresados. ¿Son palabras voces tales como *pues, así que, enim* (lat), *γάρ* (gr.)?

Pues si nos atenemos al significado, las dificultades no son menores: *Soy, eres, fui* son tres morfemas distintos y, con todo, comportan la misma idea de *ser*. El mismo inconveniente encontramos en los llamados compuestos: *γλαυκῶπις* (de ojos glaucos); *ταχύποδος*

(de pies ligeros)... ¿son una o varias palabras? Si nos atenemos al significado, indudablemente varias, puesto que entrañan varias ideas; si consideramos su estructura morfológica, sólo una, puesto que no pueden desarticularse sin perder su naturaleza.

Para obviar estos inconvenientes, Lenz propone prescindir del significado y nos da la siguiente definición: «Palabra es una subdivisión de la oración que se compone de un grupo de sonidos completamente invariable, o variable en la terminación y que corresponde a cierta unidad de sentido». Olvida Lenz que hay palabras que pueden variar no sólo en su terminación sino también en su tema y hasta en su misma raíz, —ya existe en algunas clasificaciones de lenguas un subgrupo llamado de «flexionales de raíz»— y tampoco es muy explícito en lo de «cierta unidad de sentido». Marouzeau escribe que «una definición mínima de la palabra consiste en decir que es una unidad que no se puede descomponer, o cuyos elementos componentes no pueden separarse sin que se modifique el valor del conjunto». Pero eso no es definir la palabra, como no sería definir al hombre diciéndonos de él que, al descomponerlo en sus elementos integrantes, destruimos su naturaleza específicamente humana. Mejor Meillet, con la mirada fija a la vez en la Fonética, en la Semántica y en la Sintaxis, nos explica la palabra como «un complejo que comporta la asociación de una significación dada a un grupo de fonemas también dados, y que es susceptible de un empleo gramatical dado». Y, casi coincidiendo con él, Brøndal afirma que «para que una palabra pueda llamarse tal, y entrar en el sistema morfológico de una lengua, es preciso que esté a la vez incluida en un sistema de partes del discurso (sistema categorial), y que tenga una significación especial: valor de categoría y valor de significación». Wundt, siempre atento primordialmente a la frase, la define refiriéndola a sus funciones: «una subdivisión de la oración, cuyas partes constituyentes están en una relación más o menos estable, de modo que el mismo grupo fónico pueda entrar como elemento constituyente en diversas oraciones». Y, finalmente, Brugmann sale del paso con decir que siempre resultará im-

perfecta la fragmentación del discurso en grupos fonéticos significativos, o palabras, porque la unidad y base del lenguaje es la oración (14).

Las definiciones anotadas bastan para darnos una idea de la desorientación que existe respecto a la palabra. Y si no se han puesto los gramáticos de acuerdo sobre este punto, el más esencial de la Morfología, puesto que constituye su objeto propio ¿cómo van a coincidir en los límites que a aquélla le señalan?

Si hubiera que sacar una consecuencia inmediata de todo esto, diríamos que la definición de la Real Academia Española en su *Diccionario*, coincidente con la tradicional, aunque aparentemente vulgar, es quizás la más exacta. Al definirla como «el sonido o conjunto de sonidos que expresan una idea» se abarca de lleno todo el sistema de formas que pueden entrar en el discurso. Ni vale argüir que hay formas o palabras que se consideran tales y no encierran idea de ninguna clase (partículas relacionantes, partículas determinantes, voces enfáticas, etc.) ¿Desde cuándo la relación, por ejemplo, no es una categoría lógica y la palabra que la expresa no responde a una idea, perfectamente encuadrada dentro del sistema de los conceptos lógicos? El P. Ceñal, en su luminoso estudio sobre Carlos Bühler (15) ha demostrado que toda palabra, aun las partículas más desprovistas aparentemente de sentido, es significativa de algo (él pone como ejemplo *pues, que*) y ese algo debe estar encuadrado conceptualmente en alguna parte de nuestra alma.

LA SINTAXIS Y SU OBJETO: ORACION

La gramática tradicional venía definiendo la oración, partiendo de dos puntos de vista: gramatical y lógico. De acuerdo con el

(14) Cf. las obras de Lenz, *La oración y sus partes*; y Marouzesu, *Linguistique Générale y Terminologie Linguistique*.

(15) *La teoría del lenguaje de K. Bühler*, Madrid (C. S. I. C.), 1941.

primero, Dionisio de Tracia nos la explica como «unión de palabras que tienen sentido completo». Si esta definición exige, como parece desprenderse de su solo enunciado, pluralidad de palabras, es evidente que no puede alcanzar a expresiones tales como *ven, ¡ay!*, *Carlos* (en sentido exclamativo, de llamada o de reproche), etcétera, que sin duda pueden ser consideradas como auténticas oraciones elípticas. Desde el punto de vista lógico, solía definirse como «la expresión oral de un juicio» y, en consecuencia, debe constar de sujeto, cópula y predicado. De esta definición quedan excluidas, en principio, todas las oraciones que no son de carácter aseverativo, pues si algunas exclamaciones (por ej. *¡Que hermosa noche!*), en contra de lo que dice Lenz, equivalen sin duda a oraciones aseverativas (*¡Qué hermosa noche!* entraña la afirmación de que, en efecto, la noche es hermosa), no entran, en cambio, dentro de esa categoría las interrogativas, desiderativas e imperativas, y tendrían difícil encaje un *¡ay!* equivalente a: *me han hecho daño*.

Para remediar en lo posible tales deficiencias se ensayaron en el siglo pasado numerosas definiciones de la frase. Hasta entonces, ya sabemos que las categorías gramaticales iban prendidas de la falda de las categorías lógicas. Típica dentro de ese modo de pensar es la Gramática de Port-Royal y la mayor parte de las del siglo XVIII, y aun entre nosotros, las del XIX, y casi la totalidad de las escolares en la actualidad. Todavía Bello escribe: «Se llama oración toda proposición o conjunto de proposiciones que forman sentido completo»; y en otro lugar: «El sujeto y el atributo (predicado) unidos forman la proposición». Por su parte, el texto de la Real Academia Española enseña que la «oración gramatical consta unas veces de sujeto, verbo y complemento, y entonces se llama *primera* (es decir, transitiva); cuando sólo consta de sujeto y de verbo se llama *segunda* (es decir, intransitiva)».

Uno de los primeros que procuraron abrirse camino en esta cuestión, como en tantas otras, fué Hermann Paul, en sus luminosos *Prinzipien der Sprachgeschichte*. Allí se define la frase de una manera un poco enrevesada: «expresión lingüística o símbolo del he-

cho que la combinación de varias representaciones o grupos de representaciones ha formado en el espíritu del sujeto parlante y el medio de realizar la misma combinación de esas representaciones en el espíritu del oyente». La explicación, como se ve, dista mucho de reunir aquellas condiciones previas de brevedad y nitidez que se suelen exigir en toda buena definición. En cambio, tiene una virtud: nos ha metido de lleno en el campo psicológico.

Delbrück (16) nos enseña que «una frase es una expresión realizada en el lenguaje articulado, y que aparece a los ojos del sujeto parlante y del oyente como un todo coherente y definido», Propone, sin embargo, establecer una diferencia entre expresión y frase, según la cual «expresión» sería el concepto más amplio, y «frase» la expresión que constara a lo menos de dos miembros o elementos.

Wundt encardina el problema dentro de sus teorías unitarias de la representación (tomo I de su *Völkerpsychologie* (17), de la que Lenz nos ha dado una valiosa referencia. «Si defino la oración «el césped es verde»—nos dice Wundt—como una unión de palabras, no será una verdad muy profunda, pero al menos no será una falsedad; mas si digo que es «una unión de representaciones», entonces habrá falsedad porque las representaciones *césped* y *verde* no han existido antes aisladamente en mi espíritu, sino que ambas fueron concebidas simultáneamente en una representación total que es la base sobre la que he formulado mi juicio y mi oración y sólo al formularlos he procedido a una separación de lo que antes estaba unido». No podemos detenernos en el análisis de estas palabras que entrañan, a nuestro parecer, un supuesto erróneo: nosotros creemos, así nos lo han enseñado y así nos lo dice nuestra propia conciencia, que para afirmar la conveniencia o disconveniencia de dos ideas, para unir o separar dos conceptos, para formular, en una palabra, un juicio (puesto que todo juicio no es más que eso, unión o separación, «omne iudicium fit per

(16) Lenz, ob. cit., págs. 13-35.

(17) Vid. sobre todo esto Wackernagel, *Vorlesungen*, pág. 3 y siguientes.

modum compositionis aut divisionis»), primero hace falta que existan esos dos conceptos en la mente, o sea, exactamente lo contrario de lo que dice Wundt.

La novedad de estas definiciones consiste en que, en vez de hablarnos de juicios, se nos habla de representaciones, y, por tanto, la mirada se centra no ya en la lógica sino en la psicología. Sin embargo, tampoco son exactas; hay palabras que no son evidentemente oraciones y, si nos atenemos a la definición de Wundt, podrían parecerlo: *cabizbajo*, que tiene la cabeza baja, es una representación global, pero no es una oración.

Diettrich (18) da la suya basada en los mismos principios que la de Wundt, sólo que insiste en la necesidad de que la expresión enunciada sea entendida tanto por el que escucha como por el que habla. Naturalmente, nadie puede pretender dar categoría de oración a los fonemas emitidos por un papagayo.

Es evidente que en una definición de este tipo no debemos prescindir ni del contenido o referencia intelectual ni de su manifestación exterior, sea voz, gesto, escrito, etc. Por ello, porque carece de uno de esos dos elementos, nos parece insuficiente la formulada por Meillet: «conjunto de articulaciones unidas entre sí por relaciones gramaticales y que no dependiendo gramaticalmente de ningún otro conjunto, se bastan a sí mismas (19).

En resumen: aunque éstos y otros muchos autores han querido satisfacer la exigencia de una definición aceptable sobre el objeto propio de la Sintaxis, u oración, estamos muy distantes de llegar a un resultado positivo. La dificultad es fundamentalmente de orden psicológico. Necesitaríamos poder disponer de una unidad para medir el continuo que representa nuestro mundo psíquico. Habría que encerrar en esa definición lo que es tendencia y hecho, lo que es aspiración y realidad, sentimiento y voluntad, claridad geométrica, concepto metafísico, vislumbre intelectual y

(18) *Wundt's Philos., Stud.*, págs. 19, 93 y siguientes.

(19) Meillet, *Introduct. lang. indo-eur.*, 8.^a ed. pág. 355.

mero sueño; lo que es actualidad, futuro y pasado. Habría, en una palabra, que desentrañar antes el misterio de nuestra propia psiquis. Y, sobre todo, teniendo en cuenta que operamos aquí con hechos lingüísticos, habría que atender primordialmente—como quiere Vossler en su *Filosofía del lenguaje* (20)—a su estructura idiomática. Antes que una construcción lógica o psicológica la frase es o debe ser para el lingüista una construcción gramatical; y, sin olvidar aquellos aspectos, debe tener su mirada fija en éste. De lo contrario no podremos nunca deslindar la palabra y la oración. Porque hay palabra que por sí sola encierra toda una frase y muy compleja, y hay frases enteras—mejor las llamaríamos sintagmas—que equivalen a una simple palabra.

UN PRIMER DESLINDE

Ahora ya podemos replantear el problema de los límites sobre más ancha base. Por lo pronto sabemos que el objeto propio de la Morfología es la palabra y el de la Sintaxis la oración. La Morfología, por lo tanto, estudiará la naturaleza de cada una de las partes de la oración o del discurso por separado: naturaleza del nombre del verbo, del adjetivo, de la preposición, etc.; y, además, su estructura, su formación: valor teórico o práctico de las raíces, de las flexiones, de las desinencias; clases de palabras y especies dentro de cada clase. La Sintaxis, por otro lado, estudiará la oración, pero la oración gramatical, tanto simple como compuesta.

Decir oración gramatical significa ante todo atención al valor de la palabra en el conjunto idiomático, despreocupándose en lo posible de su valor fuera del mismo conjunto. En consecuencia perseguirá primero una rigurosa definición de la frase—ya se ha visto lo difícil que es conseguirlo—; una vez obtenida esa definición, procurará clasificar debidamente las oraciones; estudiará los

(20) Vossler, *Filos. del leng.*, ed. Buenos Aires, 1943, págs. 245 y siguientes.

nexos de palabras con palabras y frases con frases, las interdependencias, el orden de los elementos e incluso atenderá a las formas anormales de construcción; las concordancias y hasta a ese factor tan olvidado hasta ahora, y al que empieza ya a concedérsele la importancia que requiere (p. ej. Gili y Gaya): el acento de frase. Sería la consabida ecuación de todos los textos antiguos: un idioma = un edificio; la Morfología examina los materiales, sin preocuparse del destino que se les ha de dar, aunque adelantando qué destinos puede tener cada uno; y la Sintaxis los considera ya en la totalidad de la obra, con el destino que actualmente tienen, y sin pensar que pudieron aplicarse a otro distinto.

Hasta aquí todos estamos de acuerdo. Las dificultades surgen cuando se piensa que una palabra *per se* no tiene valor alguno; no es una piedra, constituida ya en algo definido: un hito, un banco para sentarse; sino capaz de constituirse... La palabra para alcanzar plenitud de ser ha de ir encajada en la frase; adquiere su significación, como ha demostrado muy bien Saussure, dentro de la «cadena hablada»; es el empleo que reciba quien le da todo su valor. Pero ese empleo, por otra parte, no es arbitrario: yo no puedo poner una preposición por un verbo; ni, dentro de un verbo, un gerundio por una forma personal. Así que las palabras llevan ya en sí una aptitud para cierto empleo o función. A veces, para varios empleos: recuérdese cuántas clases de complementos no puede significar el ablativo latino. Ocorre, pues, la primera dificultad: el estudio de los usos y significados que comporta en sí una palabra ¿pertenece a la Morfología o a la Sintaxis?

Otra dificultad: las lenguas suelen dividirse en analíticas y sintéticas; pero ocurre que al no ser una lengua entidad conclusa, sino en perpetua evolución, algo *in fieri*, un mismo idioma puede pasar del estado sintético al analítico y viceversa. Ahí tenemos el ejemplo del inglés: de un idioma flexional, con todos los accidentes de esta clase de lenguas, se va convirtiendo paulatinamente en un idioma de formas rígidas, sin desinencia apenas ni flexión. La mayor parte de los adjetivos ya no tienen forma especial para el

masculino y femenino, para el singular y el plural. Los verbos han perdido no sólo sus terminaciones o desinencias de modo y de tiempo, sino hasta las mismas personales. «Iron», hierro, es sustantivo en *iron is a useful metal*, adjetivo en *this iron bridge is new*; verbo, en *I shall iron this shirt*. El paso de una categoría gramatical a otra es continua; la descomposición de una forma sintética en sus elementos integrantes salta a cada paso. Es un salto de la sintaxis a la morfología o de la morfología a la sintaxis que se verifica constantemente. La misma lengua sánscrita, prototipo de las sintéticas, si hemos de creer a Kretschmer, pasó antes por un estadio analítico, culminó luego en el flexivo, tal como nos es ahora conocida, y se va descomponiendo en un análisis más o menos minucioso en las evoluciones posteriores (21). Las lenguas romances ya tienen más de analíticas que de sintéticas. En el latín sucedía aún lo contrario.

Y bien: cuando una forma flexional y por tanto, encajada dentro de la morfología—«patris», en la frase *domus patris*— se ha desglosado en el sintagma *del padre* (*domus de padre*, bajo lat.) ¿hemos de seguir estudiándola en aquella parte o ha de pasar a la Sintaxis, puesto que se trata de un verdadero, de un auténtico caso de régimen? ¿Por qué *habere habeo* es materia de sintaxis, puesto que entraña una construcción, y *habeo* ha de serlo de morfología, por constituir un vocablo único, siendo así que semánticamente y hasta fonéticamente no es sino una contracción de la primera forma?

Advirtamos que no basta decir, como lo hace Brøndal, que la Morfología se ocupa de las formas móviles—por ej. un nominativo que puede hacer de sujeto o de predicado; un acusativo, que sirve de complemento directo, de complemento de lugar adónde, incluso de sujeto en una proposición infinitiva—, y que la sintaxis atiende a las formas fijas—sujeto, predicado, etc., del discurso, porque nada más fácil de probar con multitud de ejemplos que si

(21) Kretschmer, *Introd. a la ling. griega y lat.*, págs. 68 y siguientes.

las categorías morfológicas varían, las categorías sintácticas también fluctúan constantemente.

Y es que todo ha de ir supeditado, digámoslo una vez más, al concepto que se tenga de la palabra y de la frase. Si la definición de ésta es psicológica, a lo Wundt, a lo Brugmann, y no decimos nada de Bally, de Sechehaye, de Saussure, de Brunot, porque toda la escuela moderna franco-suiza huye de las definiciones como de la cruz el diablo, cuando ya sabemos por Balmes que el principio para conocer una cosa es saberla definida; si se tiene, repetimos, de la oración un concepto psicológico, los límites de la sintaxis tienen que ensancharse ilimitadamente, desde un ¡Oh!, en que no hay régimen, no hay concordancia, no hay nexos, no hay flexiones, pero que es oración porque expresa una vivencia, hasta la frase más arreada de todos los medios elocutivos semánticos y estilísticos. Si la definición es más bien lógica, tendrá que contraerse la sintaxis a una mera consideración de funciones, como se practicaba en la antigua gramática y se ha venido haciendo hasta época reciente.

De aquí esas enormes divergencias que observamos entre autores como quien dice de nuestros mismos días: una evidente desproporción, unas veces en favor de la Sintaxis, sobre la que cargan todo el peso de la Gramática; otras, en favor de la Morfología. El mismo Brugmann, aunque Wackernagel lo presente adherido a las normas de Ries, dedica en su *Kurze* 360 páginas a la Morfología y 85 a la Sintaxis; Meillet, en su *Introduction a l'étude compar. des l. indo-eur.*, 200 a la primera y poco más de 20—un breve capítulo—a la «frase». Ya se ha advertido que ambos autores huyen de escribir el término Sintaxis. En cambio, en las obras de Bally, de Wundt, de De Brunot, todo lo ocupa la «oración», la «frase». El primero, en su anhelo de acrecer los dominios de ésta, se mete en el campo de la Estilística, enriqueciendo su libro con un botín que corresponde casi siempre a la teoría literaria más que a la teoría lingüística o gramatical.

LAS «ANTINOMIAS» GRAMATICALES

Alguno de los objetivos señalados a la Morfología exige una precisión mayor. Por ejemplo, la naturaleza de la palabra, materia propia también de la Fonética y de la Lexicología.

¿Cómo ha de estudiar la palabra la Morfología para no invadir los dominios de esas otras disciplinas? No ciertamente desde el punto de vista del sonido, de los órganos que lo producen, de los cambios y mutaciones que, como consecuencia de la disposición y funcionamiento de esos mismos órganos, se originan,—ello sería usurpar atribuciones de la Fonética y de la Fonología—; sino desde el punto de vista de su estructura: cómo se forman las palabras, cuál es su base nuclear; estudio de la raíz, de las flexiones, del tema; elementos prefijales y subfijales; procesos de derivación, de composición, etc.

Pero sucede que una palabra, muchas veces por el simple hecho de incorporársele un elemento flexional, se convierte de expresión de una sola idea en expresión de un conjunto de ideas, en verdadero juicio lógico, que equivale en el terreno gramatical a una auténtica oración: el abstracto *amar*, al recibir el tema temporal (*r*) y la desinencia de persona *-s*, se ha convertido en toda una oración, *tú amarás* o *tú amar has*, con todos los elementos que integran la frase: un sujeto expreso y un predicado. Sucede también que al agregar a un nombre la desinencia casual al convertir *dominus* en *domino*, y en nuestra misma lengua, *yo* en *me*, he establecido un nexo de régimen, procesos ambos, el de la formación de una frase y el de expresión formal de régimen, que caen de lleno dentro de la Sintaxis. ¿Qué hemos de hacer en tales casos? ¿Arrebatat a la Morfología una parcela que siempre ha considerado suya, para adjudicársela a la Sintaxis, o dejar las cosas como están? Creemos que se podía ya sentar provisionalmente esta conclusión: debe estudiarse el proceso de declinación y el proceso de conjugación en ambas partes: en la Morfología de una manera teórica, limitándose a dar los tipos de una y de otra —declinación

y conjugación —; en la Sintaxis, de una manera práctica, estableciendo los usos y funciones de esos mismos tipos de accidentes nominales o verbales.

Otra aclaración exige el significado. Puesto que hay una ciencia lingüística, o una rama de esa ciencia, que se ocupa de la significación de cada uno de los términos—la Lexicología—y hay otra rama, hijuela que le salió a la Morfología y que se ha desarrollado hasta hacerle casi competencia—la Semántica—, que trata de los cambios de significación de las palabras, sus modos y sus causas, es evidente que ya a la Morfología no le queda otra tarea en este sentido sino darnos una explicación de lo que significa *in genere* cada parte del discurso; qué representa el nombre, qué representa el adjetivo, el verbo, etc. Pero aquí también, a poco que se extralimite uno, estará expuesto a invadir el campo de la Sintaxis; porque parece existir cierta afinidad entre determinados miembros de la oración y determinadas categorías gramaticales, entre determinados casos del nombre y determinadas funciones.

Sin embargo, esta analogía, que no se puede negar, no es necesaria y menos aún, de carácter absoluto. «No se trata de una analogía —ha dicho bien Brøndal— sino de una homología, de un paralelismo, entre términos que no se tocan, que quedan siempre uno al margen del otro... (22)»

Y el mismo Brøndal, que gusta de lanzarse a regiones profundas, aunque quizás por eso mismo con exceso oscuras, ha sabido deslindar mejor que nadie los campos en este sector. «La Morfología —dice— estudia los casos... pero este estudio no afecta sino a la forma exterior... debiendo observar que la función morfológica o sentido fijo de una forma gramatical no puede confundirse en modo alguno con la función sintáctica o papel que juega en la frase. En efecto, un caso dado no llena siempre y necesariamente determinada función sintáctica. El nominativo latino es unas veces su-

(22) Brøndal, *Essais de linguistique générale*, pág. 14: «L'auto nomine de la syntaxe».

jeto y otras atributo; lo mismo se puede decir de los otros casos... No se ha de hablar, por tanto, de caso—sujeto o caso—régimen». Se corrobora esta consideración de Brøndal por el hecho de que el sistema casual varía en las diversas lenguas, independientemente del número y carácter de sus funciones sintácticas. El sistema casual, tan complicado en el ant. indoeuropeo y aun ahora en el fino-ugro, es muy reducido en otras, y hasta falta en alguna, como en el chino, sin que los miembros de la frase cambien. Otro tanto sucede con el adjetivo: puede ser, aparte de atributo y epíteto, sujeto, miembro descriptivo, adverbial... «Se puede insistir—termina Brøndal—en que las partes del discurso no comportan nada de definición de base sintáctica». Ni siquiera el verbo está caracterizado por su posición central o predicativa en la frase; y, a pesar de la afinidad evidente entre los términos tradicionales de sujeto y predicado, sustantivo y verbo o de adjetivo con epíteto, un sustantivo en sí no es en manera alguna palabra—sujeto, ni un adjetivo es palabra—epíteto.

Esto no significa que deben excluirse tales materias de la Morfología, sino que se han de tratar en ella en su mero aspecto formal, o si se quiere, estructural, y no en su aspecto funcional.

Todavía tales conceptos recibirían una comprobación mayor con el estudio de las llamadas *formas ambiguas*, es decir, el de aquellas partes del discurso que se interfieren mutuamente: verbos con valor nominal, preposiciones que fueron antes abverbios, conjunciones nacidas de adjetivos, desinencias y sufijos provenientes de sustantivos... Un continuado trueque de categorías, de que existen millares de ejemplos en cada lengua. Y algo aún más grave: el desajuste y perpetua fluctuación de la frase. Palabras que en Gramática se consideran sólo aptas para expresar relaciones, adquieren categoría de «llenas de significado»; sufijos, como *accio* (it.), destinados por naturaleza a introducir meras modificaciones en el término principal, que vienen a sustituir a éste: *quanto siete accio*: (¡qué lejos andáis de lo normal!); y en inglés *Shi is in her teens* (está entre los 12 y 19 años); o en sánscrito: *sam gacchanti taram*, en vez

de «samtaram gacchanti» (se aproximan más). Y también en español: *anda por los cuarenta...*

Otro tanto cabría decir de la discontinuidad gráfica y fonética de una palabra: *ne pas* (fr.) en frases como *je ne donne pas*, en las que *ne* y *pas* se pueden considerar como un solo término. «De aquí resulta—ha escrito Brugmann— que lo que llamamos estudio de la formación de las palabras (Morfología) no puede separarse absolutamente del estudio de la unión de las mismas y del de la frase, cualquiera que sea la definición de una y de otra».

Todo ello sin meternos en el complicado problema de los «compuestos». En virtud de la composición muchas veces pasan a sustantivos oraciones enteras: *portefaix* (fr.) «mozo de cuerda»; *pararayos tente-en-pie, corre-ve i-dile* (con unión de acción, instrumento y objeto directo, en el primer caso; de acción, término directo reflexivo y complemento modal, en el segundo; y de tres oraciones coordinadas, en el tercero). Esto en castellano; en otras lenguas—sánscrito, griego, alemán—los compuestos adquieren un desarrollo desmesurado (23).

Si, pues, suponemos que los prefijos, sufijos y desinencias fueron en su estado primitivo palabras independientes—teoría, por otra parte, muy razonable—resultará que esta clase de palabras, y con más razón los compuestos, podrían considerarse también materia de la Sintaxis, en cuanto, conceptualmente al menos, se descomponen en una o varias oraciones. En tal hipótesis irían a la Morfología los semantemas propiamente originarios, en los que se sabe que no habido flexión ni composición alguna; las partículas primitivamente tales, que en latín y castellano casi ya no existen, pero que el griego conserva en cierto número, y los pronombres en sus formas más antiguas; e irían a la Sintaxis los compuestos y

(23) En sánscrito un compuesto equivale con frecuencia a varias oraciones subordinativas muy complejas: *sakalanitisastratattvajña* (el que conoce la esencia de todos los tratados de moral); en que *jña* (el que conoce) -lat. *gnō* y gr. *γνω*, *tatva* (la esencia), *sastra* (tratado o libro), *sa-kala* (totalmente y *niti* (moral. No hace falta aducir ej. del gr. y al. que están en la mente de todos.

formas casuales, flexionadas, etc. Pero ocurre que el compuesto gramatical, en cuanto tal, apenas tiene vida. Casi siempre en la conciencia del hablante y del oyente se ha perdido la función significativa de los elementos componentes y pasa a expresar un concepto simple. La misma historia de las lenguas no siempre puede establecer la fusión de aquellos elementos, habiendo quedado éstos tan disfrazados que cuesta mucho trabajo descubrirlos y no poca repugnancia admitirlos como tales.

RESULTADOS DE UNA ENCUESTA

Antes de resumir la doctrina expuesta en unas pocas conclusiones, creemos interesante dar una breve referencia de las opiniones que sobre este mismo problema se han emitido en el VI Congreso Internacional de Lingüística, celebrado en París en julio del 1948. Sometida a la consideración de los congresistas la pregunta: *Peut-on poser une définition universellement valable des domaines respectifs de la morphologie et de la syntaxe?*, las contestaciones fueron, como no podía menos de suceder, muy distintas (24).

Bonfante, italiano, niega todo valor filosófico y práctico a las categorías gramaticales. Pisani, de la misma nacionalidad, afirma que es imposible toda distinción *a priori* entre morfología y sintaxis; siempre resultará una división convencional. Frei, suizo, inclinándose del lado de la sintaxis, opina que la morfología carece de objeto real y autónomo. Niedermann dice que son dos partes solidarias; pero, dentro del concepto tradicional, asigna la palabra como tal a la morfología y la frase a la sintaxis. Cantinau abunda en la misma opinión y, sin desconocer las interferencias mutuas, se va también con la división corrientemente aceptada; Bazell, turco, concibe la sintaxis como ciencia de las relaciones en general y la morfología, de las relaciones sistemáticas; pero niega a la pri-

(24) *Actes de sixième Congrès international des linguistes* (París 19 au 24 juillet 1948), París, 1948; págs. 19-30.

mera, a la sintaxis, un dominio propio. Van den Berg, holandés, también parece inclinarse del lado tradicional, al asignar por objeto a la Morfología la estructura y función de las palabras y a la sintaxis, la estructura de los grupos. Eringa coincide casi con su paisano Van den Berg, cuando concibe la morfología como ciencia de las significaciones de 1.^a clase, o de las palabras en sí, y la sintaxis, ciencia de las significaciones de 2.^a clase, o sea, de las que reciben al integrarse en oraciones.

Kury-Lowizt, polaco, pretende subordinar la morfología a la sintaxis, basándose en que las partes de la oración deducen su contenido semántico de su empleo en la frase. El belga Buysens asimismo reduce la morfología a un capítulo de sintaxis, porque al intentar descomponer las palabras siempre tropezamos con los dominios de aquélla; no ha pensado Buysens en que igualmente sucede lo contrario, por tratarse de una relación bilateral; si la función nos lleva al caso, también el caso nos lleva a la función. Larochette, también belga, siguiendo idéntico camino, considera a la frase sola como entidad autónoma; los morfemas expresan: a) caracterización de ideas, b) relaciones de ideas; pero estos dos aspectos son inseparables.

Más importancia tiene la teoría expuesta por Bonnard. Imposible para él la delimitación entre las dos partes; en todo caso un signo lingüístico comporta dos contenidos que él llama *indicios* e *indicaciones*. Los *indicios* son de cuatro clases: oposición de semantemas (*árbol* y *fuelle*), de morfemas (*ducis, duci*, en cast. sería *yo, mi, amo, amarás*); de palabras accesorias (*del libro, para el libro*); de orden (*alta cumbre, cumbre alta*). Y cuatro series de *indicaciones*: semánticas; de actualización, (art., adjetivos pronominales, pronombres, modos, tiempos...); de modalidades (enumeración, enunciación, interrogación); y de funciones (suj., predic., etc.) Para Bonnard no hay correspondencia regular entre índices e indicaciones. La Morfología estudiaría los indicios de forma; la Sintaxis, las indicaciones que no pertenezcan a la Semántica. Como se ve, la teoría de Bonnard no está todo lo clara que es de desear; por otra parte, la co-

responsabilidad que él niega entre indicios e indicaciones, aunque no en forma necesaria y absoluta, sí que existe: ¿no hay estrecha relación entre las funciones y las partículas accesorias? Y el orden, ¿no depende casi siempre de la función?

Meeussen aspira a legitimar la división tradicional. Aunque los límites entre palabra y frase varían en las diversas lenguas, la palabra casi siempre tiene una significación y una forma concreta como se observa en la enseñanza de la escritura a individuos de otros pueblos. La morfología quedaría casi exactamente con los límites que se le vienen asignando desde antiguo, incluido el estudio de las funciones, aunque con miras a la sintaxis. Martinet, representante por los EE. UU., apenas se aleja de esta concepción, puesto que dice textualmente: «Il serait... possible de concevoir la différence entre la morphologie et la syntaxe en considérant la syntaxe essentiellement comme une science de la chaîne parlée, tandis que la morphologie traiterait des rapports des signes dans un système...»

Mención aparte merecen los comunicados del Círculo Lingüístico de Praga y de la Escuela Escandinava, hoy de tanto empuje en los estudios gramaticales. Los de Praga subrayan la gran diferencia que ha de establecerse entre los límites de las dos partes en litigio, según se trate de una lengua indoeuropea o de otro grupo. Las indoeuropeas acusan unos límites netos; en cambio otras, el chino, por ej., el turco, el vasco, tienden a confundirlos. A pesar de todo, termina diciendo la comunicación de Praga, «il faut admettre que la différence entre la morphologie et la syntaxe est universelle». Will, de Nimega, y Guthrie, de Londres, también hacen la misma salvedad sobre la diferencia observada en los distintos grupos. La Escuela Escandinava, representada por Bergsland (Oslo) y Jens Holt, bajo la influencia de las teorías de Hjelmslev, estima que las dos partes de la gramática no difieren más que por la extensión y orden de sus sintagmas. «La morphologie, de même que la syntaxe, s'occupent de la classification des signes d'après les rapports syntagmatiques et paradigmaticques et les

deux disciplines décrivent les signes et les combinaisons de signes (syntagmes) du point de vue phonologique et sémantique».

En resumen: los congresistas, como era de esperar, no sólo no han estado de acuerdo, sino que apuntan soluciones contrarias. Varias cosas, sin embargo, se pueden sacar en limpio. Por lo pronto, la división tradicional encuentra otra vez sus defensores. Ello prueba que no era tan desacertada. Por otra parte, se acusa aún la tendencia, que viene de la concepción psicológica del lenguaje ya antes aludida, a concebir la frase como unidad lingüística, en sustitución de la palabra. Las respuestas de Kurilowitz, Martinet, Buysens y Larochette, entre otros, apuntan hacia ese lado. Pero, «aunque se admita—dice el extracto de las Actas del Congreso, que tenemos a la vista—aunque se admita la frase como unidad natural del lenguaje, hay que reconocer que, por la división funcional de la frase... no podemos llegar, si queremos evitar cierta *diábasis eis alio génes*, a la palabra, al morfema como tal, sino únicamente a oposiciones particulares de un mismo plano (por ej., las oposiciones sujeto: predicado), que se realizan por medios morfológicos». La expresión no es muy clara; y queremos creer que lo que aquí se trata de decir es simplemente que la sintaxis sola, por mucho que se quieran extender sus dominios, no alcanzará nunca a aclararnos ciertos fenómenos que caen en el plano de la morfología. «La relación entre los dos planos—continúan las Actas—el plano de la palabra y el de la frase es de naturaleza jerárquica... Los dos, operando sobre unidades diferentes (palabra en sí, y palabra con relación a la frase), constituyen una realidad lingüística, aunque difieren uno del otro fundamentalmente, por su grado de relación con la realidad extralingüística. Mientras la frase puede expresar esa realidad independientemente, la palabra no puede hacer más que contribuir a su expresión en el cuadro de la frase».

«Los límites entre la palabra y la frase, varían es cierto en las diversas lenguas, pero en ninguna aparecen del todo borrados, como observa M. Meeussen en su comunicado; experiencias psico-

lógicas realizadas en la enseñanza de la escritura a analfabetos indican la existencia de la palabra como unidad lingüística real y concreta».

«¿Cuáles son —termina preguntando— los criterios generales de separación de las palabras? Como demuestra M. Martinet en su «rapport», los criterios semánticos o puramente fonológicos son insuficientes y no nos queda más que una posibilidad, la aplicación del criterio formal, que sigue siendo el único firme y seguro: *admirable*, es una sola palabra; *yo hago*, son dos. Martinet precisa este criterio diciendo que es posible, sin destruir la unidad de la palabra, intercalar entre los elementos que la componen otro signo, por ej. *dormimos*, si se intercala una *a*, la palabra sigue: *dormiamos*. Según este criterio, los compuestos deben considerarse casi siempre como una sola palabra y no como una combinación de palabras, como quería Brøndal.

CONCLUSIONES PROVISIONALES

Si ahora intentásemos resumir cuanto llevamos expuesto en una serie de conclusiones, tan susceptibles de error como todo lo que se relaciona con los procesos lingüísticos, creemos que éstas podrían ser aproximadamente las que siguen:

I. Aunque Morfología y Sintaxis han coexistido desde antiguo en buena armonía, casi siempre fué a expensas de la sintaxis, con dominio absoluto de la primera hasta época reciente.

II. Con la orientación psicológica del estudio del lenguaje el aspecto cambia y se da mayor importancia a la sintaxis especialmente en las escuelas francesa, ginebrina y escandinava.

III. Se impone un reajuste de límites; pero es difícil hacerlo. Se sabe que la palabra en sí, fuera de la frase, corresponde a la morfología, y en cuanto forma oraciones, a la sintaxis. En eso todos parecen estar de acuerdo. La duda viene de dos lados: a) Es difícil considerar la palabra sin pensar en su función específica; b)

hay palabras, que aun siendo unidad, encierran una pluralidad significativa y funcional.

IV. Si la palabra en sí es el objeto propio de la morfología, ya podemos asignar a ésta sin vacilaciones cierto cometido: estudio de la estructura de la misma palabra (raíz, afijos, sufijos), definición, clasificación y modos desinenciales y flexionales, haciendo abstracción de las funciones a que van destinados esos modos.

V. Si la oración o frase es el objeto propio de la sintaxis, también ésta tiene ya su cometido fijo: definición de la oración; clasificación de la misma, primero de la simple, luego de la compuesta; y estudio de los elementos esenciales y accidentales de la frase.

VI. Las funciones de la palabra parece que corresponden lógicamente a la sintaxis, porque dice relación directa a la frase, aunque nada impide que en morfología, al estudiar las categorías, por ejemplo, se advierta que el sustantivo desempeña «normalmente» el oficio de sujeto; al estudiar las declinaciones que tal caso, el acusativo, v. gr., suele hacer de complemento directo y al estudiar los modos verbales y los tiempos, que el presente dice orden natural al momento actual. Pero advirtiendo bien que no existe relación necesaria y absoluta, porque el presente puede significar futuro (*el año que viene, cuando vayamos*, en vez de *cuando iremos*); el acusativo puede ser también de dirección, de extensión, de duración, etc.

VII. Respecto a los nexos oracionales, la cosa no parece oscura. La morfología los tratará en cuanto palabras que encierran una idea en abstracto (idea de relación, de finalidad, etc.); y además, en su estructura; de dónde han salido, cómo se han formado; y la sintaxis, en su función actual, concreta.

VIII. En el tratamiento de los compuestos parece que se debe seguir un criterio puramente formal. No importa que semánticamente en su origen sean el resultado de dos o tres contenidos mentales, o que equivalgan a toda una oración, si en el momento en que el hablante lo dice o lo recoge el oyente, no aprehende la conciencia sino un contenido. En este punto nos pa-

rece acertada la opinión de Martinet en el Congreso de Lingüística: *admirable* y *saltamontes* son cada término una palabra, porque sugiere cada uno una sola idea; y *yo escribo* son dos palabras porque así las percibo y las concibo. Y

IX. La encuesta, a que acabamos de aludir, ha demostrado que, después de un periodo de vacilaciones y de intentos frustrados para estructurar la Gramática, siguen siendo válida la ordenación tradicional. Así lo reconoce Kretschmer; y así las más autorizadas voces en el Congreso de Lingüística. Esa ordenación necesita, sin duda, retoques; pero tales retoques no afectan al fondo. El capítulo de la morfología puede ser un tratado de la palabra en sí; el de la sintaxis, un tratado de la frase. Decir que hay estrecha relación entre ambos vale tanto como afirmar que la hay entre el corazón y el cuerpo entero, entre el ojo y el organismo humano en su conjunto. A nadie le ocurre, sin embargo, pensar que el ojo no puede estudiarse en sí mismo, en su tejido, en sus células, en la materia que lo forma, haciendo abstracción de las funciones que desempeña. Ya lo hemos oído a M. Meussen en el Congreso: «Los límites entre palabra y frase varían es cierto en diversas lenguas; pero las experiencias psicológicas últimamente realizadas indican la existencia de la palabra, como unidad real y concreta».

E. DIEZ ECHARRI